

EL MAESTRO

7

El director, antes de aceptar sus servicios, resumió el interrogatorio. Sin duda el traje deslucido, la camisa de un blanco amarillento y, sobre todo, la palidez enjuta de su cara, le debían inspirar recelo. El vicio y la miseria, ¿no dejan en los hombres huellas parecidas?

5 Las pupilas azules del director —un azul sin bondad, un azul como equivocado— añadían a las semiinterrogaciones una sombra capciosa.

—Nada de beber, por supuesto.

—Nada, señor.

10 —Y fumar, lo menos posible.

—Nada. No fumo.

—Mejor. Claro que esos que llaman pequeños vicios son válvulas de la naturaleza. Yo mismo, después de las comidas. . . . El caso es hacerlo con moderación. Al último profesor, precisamente, tuve que
15 expulsarle por el cigarrillo. No se extrañe: además del mal ejemplo dado a los muchachos, me quemaba las mesas. . . . De sus conocimientos no he querido hablarle: los supongo. . . . Lo que sí tendrá que hacer es cuidar un poco el indumento. Poco a poco el colegio sube de categoría. Aún tenemos, por lo de la subvención oficial a los zarrapastrosos
20 del barrio. Pero las familias ricas ya empiezan a otorgarnos su confianza. Quién sabe si hasta don Miguel el banquero mande su niño. ¿Comprende usted?

—Comprendo, sí. Apenas pueda me compraré otro traje y dos camisas.

25 —Pues, entonces, aceptado. Dijimos cuarenta y la comida de mediodía en vez de cincuenta. Los tiempos son malos.

. . . Sin beber ni fumar, aunque tome café, ya tiene. Desde el lunes.

Aceptó la merma. Al llegar contento a su casa, su mujer le dijo sonriéndole:

30 —Ojalá nos dure ese refugio y no haya nada que te lo haga dejar. ¡Ah, el día en que logres colocar uno de tus libros a un editor y se reconozca tu talento! . . .

Empezó sus lecciones con la semana, y antes del jueves el director estaba seguro de haber escogido el mejor aspirante al puesto. . . . Explicaba a conciencia y sabía hacerse querer de los muchachos
35 manteniéndolos en el difícil equilibrio situado entre la rigidez y el exceso de confianza. Por las tardes, en la última lección, su diestra solía vagabundear por los países sintéticos del globo terráqueo colocado sobre la mesa; y en tanto el primero de la clase dibujaba mapas sobre el
40 encerado, poníase a garrapear renglones cortos en hojas que guardaba después. El director dudó varios días si aquellos renglones serían versos o cuentas domésticas, y se decidió por lo último.

Pero el primero de la clase, en cambio, no dudó. Era uno de los

«zarrapastrosos»: carita de anemia, frente bombeada sobre un mirar ancho y humilde, blusa oscura hasta los tobillos, y una voluntad de aprender impresionante, casi dramática. No era esa memoria fiel e inconsciente de las cabezas nuevas: era un inclinarse patético hacia el fondo de las cosas, un abrirse paso entre las dificultades de la letra para llegar al espíritu. Y todo ello animado de tiempo en tiempo por un resplandor adivinatorio.

—Lo que usted escribe, señor maestro, son versos, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Porque. . . Me lo he figurado así, de pronto. Cuando en la hoja del calendario de casa hay versos, yo los leo siempre. Y guardo un papel que mandaron de la tienda, envolviendo arroz, con unos versos preciosos, muy tristes. Papá dice que esos son tonterías. Pero mamá dice que los versos los hacen los poetas. Yo no sabía que se pudiera ser maestro y poeta.

—No se puede, no.

—Cuando tuve la fiebre, que estuve tan malo, soñé dos veces que hacía versos.

Así se estableció entre ellos el lazo de la simpatía. . . Ni una palabra ajena a las lecciones se volvió a cruzar entre ellos; y sin embargo, ¡cuántos mensajes fueron y vinieron del uno al otro sin que los demás discípulos lo advirtiesen, en aquellas preguntas y respuestas sólo para ellos libre de sonsonete y tedio! A veces los lagos, los istmos, los océanos, los continentes, las estrellas, las nebulosas, adquirirían para ambos una novedad rara, suavísima como un buen secreto; y hasta los mismos problemas de aritmética, al resolverse, les ofrecían una especie de prodigio gozoso.

En su casa, cuando tras la parca cena el niño ponía en la almohada la cabecita, cerraba los párpados avaramente para aprisionar entre ellos un sueño que lo llevase de prisa a la próxima mañana; y en su buhardilla, al acostarse. . ., el maestro pensaba: «¡Ah, si ese muchacho cayera en buenas manos, si no lo debilitase la miseria y no lo reclamase un oficio en cuanto pueda ganar jornal!» . . . Y para los dos el sábado era peor que el domingo, porque el domingo era la víspera del primer día de clase. . .

Pero el reloj de la felicidad anda de prisa, y en él las horas densas vienen a detener el ritmo de las horas ingravidas. Empezó la hora densa con el minuto en que el director, todo oronda sonrisa, con un poco del oro de la cadena del reloj reflejando en el erróneo azul de sus ojos, entró en el aula trayendo de la mano al nuevo discípulo.

—¡De pie todos! Así. Hay que cuidar la cortesía colectiva. . . Le presento a un nuevo alumno, señor profesor. Está un poco atrasado, a causa de que sus padres han viajado mucho y atendieron en primer lugar a robustecerlo: *Primo vivere*,¹ ya sabe usted. . . Es hijo de don

¹ *Primo vivere* *Life comes first*

Miguel de Siles, el ilustre financiero. Desde luego yo le daré cada dos o tres días una clase especial para poder pasarlo cuanto antes a mi grupo. He preferido traerlo aquí para hacerle la aclimatación más fácil. Entre los mayores, de pronto, quizás se hubiera sentido extraño.

El nuevo discípulo era recio y vestía con primor. Además no era torpe. Un amor propio elástico lo ahincaba en el estudio. A diario venía a traerlo y a buscarlo un criado, y por las tardes la cestita de su merienda era cuerno de la abundancia y centro de una viva circunferencia de envidia y de gula. Él comía y daba después el resto. Pero había en su generosidad, igual que en su aplicación, un sentimiento para el maestro poco simpático. Era caritativo, no generoso; codicioso de las buenas notas, no del saber lento, callado. El tesón marcaba el vértice de su carácter y la retentiva el de su inteligencia. A pesar de su afabilidad con sus compañeros, se notaba que pensaba en silencio: «Si quisiera podía tratarlos de otro modo».

Al final de la primera semana de estar en clase el nuevo discípulo, el director llamó al maestro para decirle:

—Veo que el hijo de don Miguel avanza. Hay que ayudarle. Comprenda usted . . . Su padre no quiere ponerle un profesor particular porque como él salió de familia humilde . . . Piensa que lo mejor que se enseña en la escuela es el aprendizaje de la vida. . . . Manías. . . . Usted procure, en lo posible, aislarle en clase y. . . .

—Aislarlo, no. En eso tiene razón su padre. Sería vejaminoso para los demás, y una mala lección para él mismo. Yo le ayudo según usted quiere; procuro enseñarlo a estudiar, que es lo que más necesita. Si no fuera exclusivamente memorista avanzaría mejor.

—Parece que hay en la clase otro que es su preferido.

—No. Otro que sobrepasa al hijo del señor banquero en entendimiento por lo menos lo que su padre en fortuna a mí. Más aún que en el trato de los hombres, estimo que la justicia se hace precisa en el de los niños, y tengo la conciencia tranquila: mis notas son justas, justas en absoluto.

El azul engañador de las pupilas dictatoriales se nubló, y la boca plegóse en un gesto ceniciento, de experiencia.

—Déjese usted de sutilezas, amigo. Lo absoluto tiene poco que ver con la vida humana. Esos tiquis miquis pedagógicos son buenos para llenar páginas de libros, pero en lo práctico, en la clase . . . No me niegue que los progresos del muchacho saltan a la vista. Si se tratara de un zopenco, de un haragán . . . Ea, usted es demasiado inteligente para necesitar que prolonguemos esta conversación. Ábrame la mano en las notas y empújeme al muchacho.

Y comenzó la pugna, azuzada por la pasión de toda la clase. Arbitrariamente, bajo la mirada inquieta del maestro, dos bandos se formaron. Y el niño pobre, el casi amortajado en la blusa oscura, no obtuvo siquiera el sufragio de sus hermanos en pobreza. Hasta allí el reflejo de oro de la banca impurificaba las simpatías elementales. No

necesitaba el niño rico ni compartir sus sobras para atraerse partidarios. Su salud, el aire grave con que el criado de teatrales patillas lo llevaba por la acera, le bastaban. «Mi padre me comprará una bicicleta el día que le quite a ése el primer puesto, y no la pierdo aunque tenga que romperme los codos estudiando» —decía con fuerte ingenuidad. Ya estaba el segundo de la clase. A diario recitaba las lecciones sin dejar coma. Y una especie de ansia de empujar, de quitar de en medio al taponcito humano que apretando también en el estudio hasta desmejorarse, se aferraba al lugar eminente, movía cada mañana y cada tarde a casi todos los chicos a realizar actos de violencia espiritual. 135 140

Sin duda el maestro era justo. Su simpatía no destilaba jamás del lápiz empleado para las calificaciones. Pero ni los niños, ni el director, ni siquiera el banquero, que ya empezaba a irritarse, aspiraban a la justicia. La presión de la pugna sobrepasaba ya los límites del colegio y amenazaba extravasarse hasta las casas, hasta la ciudad entera. El niño rico estudiaba y rabiaba; el otro estudiaba y languidecía. 145 150

Don Miguel, al terminar la cena, decía entre burlesco y colérico a su heredero: «Parece ser que hay un Salomón perdulario que no te deja echarle la zancadilla, ¿eh? Por supuesto que —esto dirigiéndose a la esposa— el maestro es otro perdulario y ahí está el *quid*. Habrá que decirle al director del colegio una palabrita». Y, paralelamente, el padre del perdulario, cuando acaban de comer y veía al niño meterse en un rincón con los libros, le gritaba: «¡Deja eso ya, que gastas velas que da grima! ¡Bueno es lo bueno, pero no tanto!» 155

La palabrita al director fue dicha, y una vigilancia severa se organizó contra el maestro obstinado en no avenirse a razones. «Si hace falta se le echa, ¡no faltaba más!» —ofrecieron los labios del director. Pero el banquero, interesado ya en la aventura como si el crédito de su banca fuese también en ella, afirmó que su interés era que el muchacho alcanzara el primer puesto con aquel maestro y no con otro. El director apeló entonces a subterfugios. Antes de las vacaciones se efectuaría un certamen, y de él saldrían las calificaciones finales. Él mismo —los ojos azules, la cadena de oro sobre el vientre— daría a los *centuriones* de cada grupo, la víspera, nota de los temas a desarrollar. 160 165

Oyéndolo, el maestro esbozó una sonrisa. El ejercicio desarrollado así era arma de dos filas: si se prestaba a una preparación previa al hijo del banquero, prestábase también a la polémica, en la cual el conocimiento verdadero de las cosas triunfaría de la memoria fácilmente. Deseoso de no caer en partidarismo, el maestro advirtió a toda la clase: 170

—El señor director me ha dicho que antes de fin de curso habrá un certamen. La clase se dividirá en dos bandos, capitaneados por . . . usted y por . . . usted. Supongo que aprovecharemos el tiempo que falta. 175

180 Y cuando en su fuero interno se felicitaba de que la simpatía no le hubiese detenido y dulcificado la mirada en el discípulo predilecto, el otro, con ingenuidad, amplió la noticia:

—Sí, señor, y habrá invitados. Van a venir papá y mamá. Y me han encargado un traje a Inglaterra para ese día. Y si me llevo el
185 primer puesto iré a patinar a Suiza en las vacaciones.

Durante los días restantes del curso la competencia siguió encarnizada. El segundo de la clase revelaba no sólo el esfuerzo sino la ayuda de alguien —acaso un profesor particular, tal vez el director mismo; —pero el primero no cedía. Para el uno los textos eran meta;
190 para el otro, ventanas hacia perspectivas confusas aún, pero menos oscuras y más anchurosas cada vez.

Llegó al fin el día de la fiesta. Mientras su mujer le prodigaba al traje que no había podido sustituir esos cuidados de amoníaco y cepillo que restituyen a la ropa gravemente enferma mejora efímera, el
195 maestro le dijo:

—Me hubiera gustado amanecer enfermo para no ir.

Su integridad le impedía emboscarse tras un pretexto para rehuir un deber. Pero llegó al colegio con el tiempo justo, y ocupó su puesto subalterno en el estrado.

200 La vasta sala, llena a diario de murmullos alegres, parecía otra: guirnaldas y trofeos de papel señoreaban sobre los mapas mustios, y unos cuantos caballeros y damas le enajenaban todo aire infantil. Los mismos niños alineados en bancos paralelos, parecían menos niños con sus ropitas de día feriado. Desde sus puestos eminentes el ban-
205 quero y su mujer sonreían al joven gladiador intelectual que se aprestaba a luchar bajo su divisa. Su contrincante no llevaba la blusa oscura, sino un traje semejante al traído de Inglaterra, más basto y sin gracia.

La pugna inicióse dentro del marco de un silencio eléctrico. Al
210 requerimiento sonriente, ante la atención de toda la sala, el trajecito venido de Inglaterra se irguió, y dos labios recitaron con puntos y comas durante diez minutos. Crepitaron aplausos. Después, tras un «Ahora le toca a usted» de la cadena de oro y los ojos de usurpado azul, el trajecito de imitación se puso vertical, y palabras tímidas crea-
215 das de momento por la imaginación para vestir las nociones que penetraron desnudas, verdaderas, en la mente infantil, vibraron durante corto tiempo. Los mismos conceptos repetidos y dichos con acento tímido, inseguro, no podían interesar ya al auditorio. Al terminar el trajecito basto, sólo dos ojos estaban fijos en él, y sólo una cabeza
220 asentía.

Con las impugnaciones, la derrota aceleró su marcha —una ansia de acabar pronto, de escapar con su fracaso, dominó al vencido. Tartamudeaba, sudaba y miraba a la puerta. ¡Que lo dejasen a poner su blusa! Que se fuera el otro a Suiza en su bicicleta nueva, ¡mejor! ¿Por
225 qué aquella crueldad de prolongar el torneo, si no resistía ya? Era

inútil que lo exhortasen a fijarse, a recobrar la sangre fría. Dentro de su cabeza reinaba la niebla, y un frío, como de hambre, en su corazón. Ni siquiera escuchaba las preguntas que se sucedían sarcásticas, acorralándolo. Ni siquiera le pareció ofensa la falsa condescendencia del director cuando, sonriéndole, le dijo que lo suponía mejor preparado. 230 Y su estupor fue inmenso cuando detrás de la primera fila del estrado vio alzarse los ojos que en vano quiso evitar, y oyó la voz del maestro, siempre dulce para él, gritar en una explosión tremenda de rabia:

—¡Basta ya! ¡Ya tiene el triunfo él que no lo debe tener: el papagayo! ¡Dejen al pobre niño en paz, verdugos!. . . ¡El señor director ha preparado esta farsa para que el señor banquero y su esposa puedan babear de gusto! ¡La inteligencia de ese pobre niño era su único bien en la tierra, y acaban ustedes de robársela luego de manchársela de duda! ¡Pueden estar contentos! ¡Todo lo que haya usted robado en su vida de banquero, es menor que lo que acaba de robarse aquí! ¡En 240 las escuelas como ésta es donde se incuban para el mañana venganzas que parecerán después crímenes!

Y rompiendo por entre la sorpresa paralizada del salón, salió.

Ya había traspuesto la puerta cuando surgieron las primeras exclamaciones: «¡Es un loco!», «¡Debe de haber bebido!», «¡Es un bolchevique!». . . A pesar de los esfuerzos del director, el reparto de premios no logró ser alegre. Para los mismos niños el sabor de los dulces repartidos después no fue el mismo de otros dulces peores y más sabrosos comidos otras veces. 245

* * * *

El maestro llegó a su casa, y su mujer advirtió en seguida en su rostro ecos de la escena. 250

—Te ha pasado algo, no me lo niegues. ¿Qué ha sido?

—Me he ido del colegio. Ya estamos en la calle otra vez. . . Quizás una intemperancia mía. Siempre seré un estúpido. . . ¡Pero, no! Le han robado al mejor de mi clase el premio para dárselo a otro, al hijo de un banquero, y. . . ¡Ah, si vieras la carita de anemia del pobre despojado!. . . Suponte que tú y yo hubiéramos tenido un hijo y que le hubieran hecho eso. . . ¡Ah, no! Me levanté y los llamé ladrones, infames. . . No sé. No les llamé todo lo que se merecían. . . ¿Es que debí callarme? Dime. 255

—No. ¡Has hecho bien! Siempre haces bien, y por eso nos va mal en la vida. No importa. La miseria y nosotros somos amigos. . . Por eso no nos trata demasiado mal. . . ¿Cómo me preguntas si debiste callar? ¡Si fueras capaz de callarte cuando otros se callan, yo no te querría tanto! 260